



RESEÑA

LOS CUENTOS DE SANIA

DE ERNESTO DELGADO BAUDET

RAFAEL FERNÁNDEZ HERNÁNDEZ



Los cuentos de Sania, Ernesto Delgado Baudet. Editorial Baile del Sol.

Hace algunos años decíamos de Ernesto Delgado Baudet (Santa Cruz de Tenerife, 1961) que desde su primera obra, *Sueños de invierno* (1980), ya aparecía como uno de los poetas que se iniciaban en esa década con la voz más proteica. A partir de su primer libro, se observa en él predilección por los escritores “beat”, entre otros, y, más cercanamente, también afloran en sus versos los poetas españoles de épocas inmediatamente anteriores a la suya. Hoy, como ayer, sigue teniendo la misma permeabilidad a lo más novedoso, pero ahora con una mayor sedimentación poética y una lectura tanto intensa como extensa del pensamiento contemporáneo.

Como decíamos en 1986, desde su primera obra, Ernesto Delgado depura un rasgo temático que le salvará de futuras posibles impostaciones y repeticiones; me refiero a la *huella de la destrucción*, del aniquilamiento, como expresión intuitiva del cercamiento al que el hombre contemporáneo está sujeto, y, a la vez, como fantástico nigromante que a la luz de la presencia invoca las almas, vidas y hechos de lo que el tiempo se ha encargado de destruir, para así revivirlos en el espacio poético. Esta huella puede rastrearse hasta sus últimos poemas de este año, como el titulado “Breve recuerdo de lo que fuimos”, en que se une el tema clásico del paso del tiempo al de la soledad, que ya antes enunciamos.

Su segunda obra, *Los estados del silencio* –accésit del “Félix Francisco Casanova” de 1981– muestra, además, dos constantes temáticas: el desaliento y la exultancia vitales, que a veces se transmutan, respectivamente, en desencanto vituperante e ingenua exaltación. Desde su *Homenaje a Paul Duval. Encuentro y asombro de Lorrain*, el acercamiento al maldito Jean Lorrain, más que la búsqueda de unas formas estéticas, contenidos poéticos diversos, representa una etapa que se abre respecto de un mismo itinerario. En 1984, escribíamos en “Borrador”:

Delgado Baudet siempre ha intentado aproximarse a un mundo *out sider* como respuesta a la sociedad que le rodea. Sus héroes son aquellos que queman sus naves en una lucha sorda, cínica por la felicidad. Puede observarse la marcada discontinuidad de sus temas y modelos: en su primer libro, la voz “beat” ahora, con Paul Duval, bebe la crónica del París de principios de siglo, entrevista con el decadentismo lorrainiano.

Y, ya en los años noventa, en su “furor de novedad”, y alternando con fórmulas propias de la generación de los 70, inclusión del “pastiche”, la fragmentación y los silencios, continúa con los temas del tiempo evanescente, el amor recuperado desde la memoria y la soledad. Es la época de *Versos del viajante* (1996), a los que seguirá *La custodia de Cerbero* (2006).

En 2005 recibe el primer premio “Relato corto Caja-Canarias” con *La última argucia del General* (2006). Así se inicia en otro género que le había tentado en diversas ocasiones pero que siempre pospuso para mejor momento, cuando las condiciones de la creación se fueran imponiendo a la necesaria voluntad del narrador. Hasta ahora los tanteos de Delgado Baudet en el campo de la narración se han limitado al relato corto, como podemos verlo en esta última entrega: *Los cuentos de Sania*, conjunto de relatos urdidos desde el sentido unitario del libro que para su autor nacen de la fuente común del primer texto del libro.

Hay algo en Ernesto Delgado Baudet de lo que él mismo ha observado en Pedro García Cabrera y que tiene que ver con “la palabra como conjuro de salvación” (*Cuadernos*

del Ateneo de La Laguna, nº 18), pues, como decíamos hace años, el poeta (el narrador aún no se había manifestado públicamente), aparecía ya en *Sueños de invierno* (1980) como uno de los jóvenes insulares con una voz más personal, más abierta hacia el mundo de lo específicamente literario. Aquel primer libro transmitía no sólo el interés del poeta por Lawrence Ferlinghetti, Allen Ginsberg, Nunzio Gregory Corso y Jack Kerouac, sino su enorme permeabilidad por dejarse seducir por la mirada escrutadora de una realidad insuficiente para el joven escritor.

Siempre he observado la actividad creadora de Delgado Baudet como expresión de un testimonio que si bien en primera instancia es puramente literario, va más allá de ese territorio para explorar en la memoria, en el tiempo, en la soledad, en la mentira y en la hipocresía, esto es, se va contaminando de factores morales, ideológicos e históricos. Las afirmaciones marmóreas, que basan sus postulados en categorías ineluctables, dejan paso a la ironía, a la mordacidad, a un cierto descreimiento en el que el juego literario es un juego muy serio porque se juega con la vida como moneda de cambio. Prueba de lo que decimos puede leerse en los últimos textos de los *Cuentos de Sania*, pues como se verá, hacia la mitad del libro el tono discursivo –sin perder su autor nunca la perspectiva literaria– se va cargando no sólo de un cierto desaliento, sino de una conmovedora apelación a la vida que empero no cesa de mostrarse como una realidad engañosa y fraudulenta.

Con *La última argucia del general*, que obtiene el Premio de Relato de CajaCanarias en 2005, obra ambientada en el Sahara colonial, se nos descubre un Ernesto Delgado Baudet habilísimo narrador; destreza que ha revalidado con estos *Cuentos de Sania*, la mujer que desgrana sus relatos en la noche sahariana pero, como todo fenómeno especular, pues siempre lo es cualquier manifestación creativa, al cabo esos cuentos constituyen la propia historia del narrador principal. De esta forma, Delgado Baudet le ofrece al lector un engarce de dos formas de escritura: una poética y arcana, envuelta en el halo de los antiguos relatos orales; y otra claramente narrativa y especulativa, en la que

el autor muestra su versatilidad y eficacia expresivas, junto a un amplio registro en el manejo elocutivo capaz de caracterizar a los personajes sin intermediación del autor, con un humor al servicio de las distintas situaciones irónicas y mordaces, pesimistas y desoladas.

Como en otros libros precedentes, las citas que encabezan algunos de los textos forman parte ideológica de los relatos. Así, la idea del otro como elemento “definidor”; de ahí, su ponencia en el último congreso de poesía canaria: “Pensar en Poesía”, referida a la alteridad y la presencia del otro como elemento ético constituyente. Por tanto de la literatura y parece ser no puede separarse de las palabras de Witold Gombrowicz, de los apóstrofes de César Vallejo o bien de la María Zambrano de *Los Bienaventurados*, acogidos todos en una “Suite a tres tiempos” que muestra el poliedro compositivo de los relatos de E. Delgado Baudet: aquellos que viven [en] el laberinto de la existencia y quienes protagonizan con su propia carne la condena de la vida. Delgado Baudet intensifica la densidad conceptual de los textos con el “(Informe) sobre la ilusión” y “Un relato que el autor no tuvo valor de...”, a partir de lo que explican D. Hopstadter sobre la identificación del ser a través del reflejo y Roberto Juarroz mediante el ejemplo de la metáfora incompleta.

Con los *Cuentos de Sania*, Ernesto Delgado Baudet ha pasado definitivamente el Rubicón narrativo. Si le place, al otro lado ya no hay nada que le impida entrar en géneros de más largo aliento. El camino lo tiene allanado por el esfuerzo y por el oficio.